

**ENTRE HÉROES Y BANDIDOS: UNA APROXIMACIÓN AL  
“HOMBRE FUERTE” LATINOAMERICANO COMO PUENTE SIMBÓLICO  
DE LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA**

Gabriel Payares  
Universidad Simón Bolívar  
gabriel.payares@gmail.com

**RESUMEN**

Este artículo ofrece una lectura de la figura del “hombre fuerte” latinoamericano, mediante sus representaciones más frecuentes durante la fundación de las Repúblicas en el siglo XIX, tales como el gaucho argentino y el llanero venezolano. El objetivo es entender estas representaciones literarias como un puente simbólico, una bisagra cultural, que facilitó, a través de su carácter dual de héroe y de bandido, el poner en contacto y hacer convivir en un mismo imaginario patrio dos proyectos nacionalistas que se encontraban en franca oposición.

**PALABRAS CLAVE:** llanero, gaucho, puente simbólico.

**ABSTRACT**

This article offers an interpretation of Latin America’s ‘strong man’ figure, through its more common representations present during the foundation of the Latinamerican republics in the nineteenth century, such as the Argentinean gaucho or the Venezuelan llanero. The main goal is to understand those literary representations as a symbolic bridge, a cultural hinge, which made possible, taking advantage of its dual hero-bandit nature, to put two openly opposed nationalist projects in touch, and make them coexist in the same patriotic imaginary.

**KEY WORDS:** *llanero*, *gaucho*, symbolic bridge.

Ese hombre, ese hombre arquetípico, ha llevado diversos nombres; se ha llamado o se llama cowboy, vaquero, llanero, yagunzo, guaso, gaucho... gaucho... pero su destino de riesgo y de soledad ha sido más o menos el mismo, con rasgos diferenciales de escasa importancia.  
"La poesía y el arrabal". Jorge Luis Borges

Dos tendencias ideológicas se estuvieron gestando entre los letrados y pensadores latinoamericanos del siglo XIX, las cuales delinearon, de alguna manera, el imaginario en sus ensayos o ficciones; dos distintas formas de autoconsideración, cuya trascendencia es posible hallar aún presente en el imaginario político de nuestra época.

Estas tendencias, una con un mayor carácter inmanentista -la que proclama por un modelo de desarrollo autónomo- y otra quizás más progresista -la que persigue la implantación de un exitoso modelo extranjero-<sup>1</sup>, se oponían esencialmente al modelo planteado para el crecimiento y desarrollo de la entonces incipiente nación latinoamericana. Una oposición fundamental que aún no se resuelve. Optar por un modelo endógeno de crecimiento, que le permitiese a las jóvenes repúblicas hispanoamericanas un desarrollo autónomo protegidas de la interacción con el extranjero, o bien por la importación de los modelos civilizatorios europeos y norteamericanos, apostando a que el espíritu de los tiempos echase a andar el engranaje local. De cualquier manera, el dilema reposaba en la ardua labor que tenían en frente: la construcción de una serie de repúblicas dotadas de un imaginario propio, una literatura local, un circuito político y simbólico que respondiese a sí mismo, y un prolongado etcétera. Así, ambos enfoques, más allá de fundamentarse en evaluaciones sociales, políticas y económicas, constituían una vía de acceso ideológico hacia la conformación de un imaginario patrio temprano, basando, en este criterio, las discusiones intelectuales del siglo XIX latinoamericano, evidenciable además en la manera particular de los intelectuales y literatos de la época de representar a sus propias naciones.

Se compuso, de esta forma, un imaginario dicotómico, resultado

---

<sup>1</sup> Cabe acotar -a modo de advertencia-, que esta presentación dicotómica de la compleja realidad del siglo XIX en Latinoamérica cumple aquí una función metodológica, útil para abordar de esta manera un problema que aún ocupa a los especialistas en la época poscolonial. Alertamos sobre el riesgo, sin embargo, de simplificar con ello una problemática mucho más profunda y mucho más extensa en torno al siglo XIX latinoamericano.

de estos dos anhelos contrapuestos pero paradójicamente inseparables. El primero, portavoz de un profundo deseo de civilizar, de modernizar, de (re)fundar culturalmente un continente virgen y bárbaro a los ojos de un letrado que estaba, quizás, acostumbrado a la importación del capital cultural y simbólico europeo propia de la época colonial<sup>2</sup>. Tales parecieran ser las denuncias expuestas en el relato “El matadero” (1840) de Esteban Echeverría, el ensayo “Predicar en desiertos” (1838) de Juan Bautista Alberdi, o la crónica “El angelito” (2000) de Pedro Ruiz Aldea, por citar algunos ejemplos. En los tres se pone de manifiesto la supuesta condición bárbara y desértica en que estos autores vislumbraban el estatus cultural de sus naciones. Así, al proponer la (re)fundación de la cultura latinoamericana, se predicaba un criterio de *tabula rasa* cultural, en el que lo ya existente es desdeñado como producto del atraso y la ignorancia; costumbres y tradiciones que era imperioso olvidar y suplantar con elementos culturales modernos. La otra cara de la moneda consistía, en cambio, en lo que muy bien podría haber sido consecuencia lógica de la proliferación del pensamiento eurófilo en la América Latina: el deseo manifiesto de una independencia cultural, primero contra España, y luego contra el resto de Europa. Independencia que diera paso, obligatoriamente, a un desarrollo intelectual autóctono, local y no importado; una suerte de mímica intelectual de la lucha independentista basada, al menos si atendemos a lo que expresa Andrés Bello en su ensayo “Modos de escribir la historia” (1981), tanto en la manifiesta imposibilidad de entendernos a nosotros mismos empleando para ello modelos historicistas europeos, como en la imperiosa necesidad de generar nuestros propios esquemas, adaptados a las particularidades de nuestra historia y nuestro desarrollo político.

Estas tendencias coexistieron a lo largo del desigual proceso de desarrollo latinoamericano, enfrentadas en el infranqueable abismo entre lo local y lo foráneo; de hecho, plantearon conjuntamente un escenario ideológico que da pie a pensar, hoy en día, en otros complejos fenómenos políticos: la disyuntiva entre lo local y lo global, las dinámicas del libre mercado o, más aún, la imposibilidad

---

<sup>2</sup> Podría decirse que hablamos aquí de un integrante de la “ciudad letrada” de Ángel Rama. No obstante, esto no implica necesariamente una añoranza por la época colonial, ni mucho menos. De hecho, y como lo aclara Sarlo en su prólogo a las *Obras escogidas* de Echeverría (1991), “el oriente de un americano se ubica en Francia, adonde tarde o temprano, después de Echeverría, viajaron todos los hombres de la generación del 37. Francia es una necesidad cuando ellos juzgan la pobreza de la tradición colonial y española” (pp. IX- XLIX).

latinoamericana para reconciliarse consigo misma<sup>3</sup>.

Como consecuencia de esta separación de Latinoamérica consigo misma, es posible sospechar un vacío representacional, producto de la separación existente entre las dos utopías latinoamericanas enfrentadas; un vacío que propició la aparición en nuestro imaginario cultural de una figura que actuara, a la vez, como catalizador y como plataforma de tránsito entre las dos ideologías nacionales: un *puente* simbólico que permitiera a los letrados latinoamericanos conciliar, a través del ámbito literario, lo que no parecía posible acoplar en el terreno fundacional de una república política y una república de las letras. Dicho imaginario nacional -y nacionalista- constituiría el engranaje indispensable para prevenir un posible descalabro del discurso unitario y republicano, aún tambaleante después de las sangrientas guerras de independencia. La presente investigación intentará rastrear, precisamente, esta imagen simbólica conciliadora a partir de un personaje frecuente en la literatura latinoamericana del siglo XIX: el bárbaro, el habitante indómito de los llanos.

### EL HABITANTE DE LA PAMPA

La necesidad de una figura ficcional, cuyas profundas implicaciones simbólicas dentro de nuestro imaginario cultural la hiciesen manejable desde las perspectivas ideológicas opuestas, se satisfizo con la incorporación de la imagen del “bárbaro” latinoamericano (el llanero en Venezuela, el gaucho en Argentina, el charro en México, y así un variopinto etcétera<sup>4</sup>) en el imaginario letrado. Sea cual fuere su nombre, este personaje cumpliría con la función de ser un artefacto discursivo que no sólo encarnase la dicotomía en que se debatía el imaginario de la época (civilización *versus* barbarie), sino que la

---

<sup>3</sup> Como afirmaría Andrés Bello (1981), se trata de una incapacidad, producto de intentar comprendernos a través de la visión europea de nosotros mismos, bien sea por afinidad o por contraposición. El dilema de la identidad latinoamericana parece ser irresoluble, pues lo que pareciera ser un problema de construcción histórica, se encuentra hoy día en permanente cambio y discusión, motivado por las consecuencias que la globalización ejerce sobre el concepto de “identidad”.

<sup>4</sup> Aunque estos tres nombres no son exactamente equivalentes, parece haber un innegable hilo cultural y simbólico que les une, más allá de que los tres son íconos hoy en día de una Latinoamérica premoderna. Las connotaciones asociadas a ellos, el imaginario que les rodea, e incluso su representación pictórica, les hace caras distintas de la misma moneda. Así lo afirma Borges (2005) [1963], en su ensayo sobre la poesía gaucha en “La poesía y el arrabal”.

corporeizase, que permitiera afrontarla en términos ficcionales menos peligrosos. Es decir, un chivo expiatorio, un sacrificio simbólico que mantuviese las tensiones controladas, o les diese un desahogo más apacible, más neutral. Siendo cada uno de ellos el producto de un imaginario patrio similar, y representaciones culturales de un dilema nacional afín, estos personajes parecen compartir la función de *punte* simbólico, de bisagra cultural entre dos planos que, de otra manera, no podrían articular un discurso nacional en común.

Las similitudes entre ellos abundan. Los tres ejemplos ya mencionados pertenecen a un paisaje árido y demandante, que refleja las dificultades encontradas por una modernización pretendidamente rápida en el territorio de las enormes extensiones y dificultades topográficas del continente americano. Arduos problemas de comunicación, vialidad y extensión, la necesidad de un constante esfuerzo por *doblegar* la naturaleza, y la resistencia cultural de ciertos sectores marginados de la población, por ejemplo, contribuyeron a conformar, a los ojos de una comunidad letrada principalmente urbana, una visión temerosa (y a la vez respetuosa) de la campiña y de sus habitantes. Una visión que resumía un estándar de vida agreste, de precariedad, en el que las crueles características del entorno geográfico se hallaban impresas en las facciones y la conducta de la propia gente que lo habita<sup>5</sup>. Las dificultades de la colonización y civilización de ciertas regiones americanas, parecían haber signado el concepto vigente de naturaleza o de lo natural, de modo que éste dominaba y permeaba todo lo que se encontrase en directo y repetido contacto con ella. Así que no resultará extraño que el gaucho -por ejemplo-, siendo el habitante tradicional de los llanos argentinos, haya sido representado como un hombre recio, forjado por los elementos y por el franco roce con la naturaleza salvaje; algo similar ocurre con el llanero venezolano. Dotado necesariamente de “caracteres indómitos y altivos, que nacen de esta lucha del hombre aislado con la naturaleza salvaje, del racional con el bruto” (Sarmiento, 1985: 43). Tanto el gaucho como el llanero se encuentran, en sus respectivos relatos ficcionales, jugando un papel de notoria relevancia política,

---

<sup>5</sup> Si bien las condiciones de vida en los llanos -venezolanos, argentinos- podían encontrarse realmente inmersas en semejante estado de necesidad, no es la correspondencia entre su representación ficcional y su estado real lo que nos ocupa, sino cómo este modo de comprender y de imaginar la realidad topográfica del continente sirvió para construir también la figura del llanero que habitaba esos mismos llanos. Existe una correlación inmediata entre el paisaje rural imaginado, y el paisaje humano que lo acompañaba.

que va del liderazgo heroico al antagonismo: más allá de que el habitante de las pampas fuera o no en realidad un hombre recio, cruel o aguerrido, el imaginarlo de esa manera arroja luces sobre la conformación de un cierto estereotipo de masculinidad en el que estos personajes tomaron parte. Un estereotipo asociado a la fiereza, al estoicismo y a un estado semi-salvaje de conducta irreverente y soberbia. Valores que se instaurarían, bajo el terrible manto del caudillo<sup>6</sup>.

Se trata de una transferencia metafórica de las propiedades asociadas a la naturaleza indómita latinoamericana, herencia también del pensamiento invasor de los conquistadores, al hombre poco civilizado que la habita, convirtiéndolo así en un emisario, en un ícono de un mensaje rural de resistencia. Esta fiereza vinculada con lo indómito, con lo resistente a la modernización, podía ser heroizada, convertida en ejemplo de virtudes masculinas o patrióticas, o bien temida, asociada al vandalismo y a la irresponsabilidad de quienes deben ser sometidos a las leyes constitucionales. Es decir, que su asociación con la naturaleza salvaje les permitió una cierta ambigüedad identitaria, que sería explotada por los letrados a su conveniencia. Se los representaba, por un lado, liderando una lucha romántica por lo patrio y, por otro, atentando contra el comercio, la urbanización y el progreso. Como ejemplo, fijémonos en dos textos de Eduardo Blanco: su novela *Zárate* (1997) [1882] y su relato épico *Venezuela heroica* (1978) [1881]. En el primero leemos:

Terminada la guerra de Independencia y entregados nuestros hombres a la reorganización del país, así como los ciudadanos todos a recuperar por medio del trabajo el bienestar perdido en largos años de persistente lucha, Venezuela exhibió un nuevo cáncer, oculto hasta entonces por el humo de los combates y bajo la máscara política con que de ordinario se cubrieran las más ruines pasiones. Pero desautorizado el pretexto de la guerra, se hicieron insostenibles los disfraces, y tras el legionario que dejó las armas, apareció el bandido (1997: 45).

Esta degradación moral del legionario en bandido crea un interesante contraste con la descripción de los célebres llaneros de Páez que Blanco realiza en la segunda obra mencionada. Una

---

<sup>6</sup> Fenómeno que, por otro lado, no era para nada ajeno a nuestras repúblicas: ya Rosas ejercía, en la época de Sarmiento, su mando férreo y despótico sobre la Argentina. Resulta entonces obvio que el caudillismo se nutrió de este imaginario en temprana construcción, y no que haya sido consecuencia de éste.

descripción poética de los llaneros que oscila entre las alusiones a su libertad y a su carácter indómito, así como a lo bestial de su naturaleza, a los animales a los que se asemejan:

A su alrededor, como en torno a una bandera que protege y glorifica, se agrupan o galopan tras él, aquellos hijos de las pampas, ardientes, belicosos, indómitos, semisalvajes: peces, leones y centauros a un tiempo; señores de la llanura, vencedores del cocodrilo, del caballo salvaje, del toro y del jaguar; sin freno conocido hasta entonces, libres como el viento a pesar de España y del Gobierno colonial [...] (1978: 280).

La misma valentía y bravura, la admirable fiereza y brutalidad necesarias en la batalla, ofrecen a su vez la cara amarga de este hombre fiero que puede muy bien devenir un peligro para la República incluso después de haber luchado por ella. Dabove apunta que “La oscilación de la figura de Zárate es la oscilación con la que se considera a la violencia campesina, la misma que transforma a los ‘bandoleros degolladores’ de Boves en los ‘guerreros de la libertad’ de Páez” (2005-2006: 274).

Así, la gesta del llanero latinoamericano parece ser de resistencia, trátase de Páez y sus llaneros en la *Venezuela heroica*, o de Santos Zárate y sus malhechores en *Zárate*<sup>7</sup>. El ejercicio de la resistencia ante las fuerzas extranjeras enemigas, o ante la organización republicana y modernizadora, le dan precisamente ese carácter dual al llanero, en el que reside su utilidad como puente simbólico.

### ÍCONOS DE RESISTENCIA CULTURAL

Soy gaucho, y entiendaló como mi lengua lo  
 explica: para mi la tierra es chica y pudiera  
 ser mayor; ni la víbora me pica ni  
 quema mi frente el sol.  
*El gaucho Martín Fierro*. José Hernández

Existen, sin embargo, otros ejemplos. Acudamos al relato “Un llanero en la capital” del venezolano Daniel Mendoza (1993) para tomar de él al llanero “Palmarote”, un representante satírico de la Venezuela

---

<sup>7</sup> Resulta curioso, por demás, que ambas obras sean del mismo autor y que ofrezcan visiones totalmente contrapuestas del llanero venezolano. Tal vez ello pueda interpretarse como una demostración de lo imbricado y ambiguo de su carácter de bisagra simbólica.

rural, desterritorializado por el autor a través de su contacto con la dimensión urbana de Caracas. Mendoza busca evidenciar la poca o nula cabida que tiene el llanero dentro del proyecto de la ciudad moderna, dominada por las letras y por la burocracia, a través de un juego de contrastes entre Palmarote y el personaje narrador, y un diálogo *sanchopancino* en el que las intervenciones de Palmarote mofan y contradicen las de su compañero ilustrado, pues el llanero es a la vez incapaz de comprender la ajetreada realidad caraqueña, moldeada a imagen y semejanza de la europea, y muy ducho en criticarla, a través de la sutil ironía de sus comentarios.

De hecho, las intervenciones de Palmarote no sólo se encuentran fuera del contexto urbano capitalino, sino que precisan también ser denotadas mediante una serie de marcadores textuales (marcadores de oralidad), que tienen la función de reproducir el peculiar registro del habla llanera. El contraste entre estos personajes se da en la construcción oral y agramatical del habla del llanero -en la que hacen aparición intencional algunos errores ortográficos y/o de transcripción- lo que por demás constituye un índice inequívoco de su condición de excluido, hace énfasis en su otredad y en su no-pertenencia al discurso de la ciudad y de las letras, como si su habla se resistiese a la transcripción<sup>8</sup>, o el llanero no pudiese formar parte de la cultura urbana. La figura del llanero se resiste a las letras; algo que parece evidente, además, en las palabras del mismo Palmarote:

-Hablemos claro, Dotor; ¡aquí se conseña a papelero; aquí es que se aprende a Dotor; pero ya nadie quiere aprender a cura, no señor! Papeles ban y papeles bienen; pero naidie dice "dominos bobisco". Cuando saben haser cuatro gasetas, se cren ya unos hombresitos; pero coja usted un Dotor y póngale una sogá en la mano, pa que lo bea too regao en siya [...] Pare, pare, Dotor, que ya beo que usted también es papelero... (1993: 104-105).

Así, el llanero, en su exclusión, constituye un símbolo de resistencia

---

<sup>8</sup> A pesar de que muy probablemente, el habla del letrado no distase mucho de la suya. Es poco probable que el letrado pronunciase la "v" de "van" o de "vienen"; pero la escritura de su habla no rinde cuenta de esas particularidades dialectales; la del llanero, en cambio, prácticamente se compone de ellas. Por ejemplo:

- Y sin embargo, esa es la verdad, Palmarote, como lo persuaden los economistas.
- ¡El diablo serán esos aconomitas, Dotor! No dormiría yo con ojos ni que me dieran una baca paría (1993: 102).



a la modernidad letrada, tal y como la pampa argentina -poblada de aborígenes- se resistía a la modernización impuesta por la cultura colonizadora. Hecho que el autor desea denotar en el texto, hacer evidente en la composición misma de la obra; como si un músico incluyese necesariamente una misma nota discordante en su sinfonía.

Algo similar apunta Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989) a propósito, no ya del personaje de Mendoza, sino del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento:

*Escribir en Sarmiento es ordenar, modernizar; pero a la vez es un ejercicio previo y sobredeterminante de esa virtual modernización: escribir es transcribir la palabra (oral) del otro, cuya exclusión del saber (escrito) había generado la discontinuidad y la contingencia del presente. Escribir era mediar entre la civilización y la barbarie (p. 26) [La cursiva es nuestra].*

Sin embargo, y como también lo afirma Ramos, este juego de transcripción es doble. Por un lado, explicita la condición marginal del llanero, situándolo al borde de la sociedad letrada, y por el otro, lo sitúa en un lugar ficcional, lo “rescata” al situarlo en un plano representativo en el cual convergen distintas ideologías patrias. El hombre natural, sin la mácula de la cultura, portador de las tradiciones locales (léase: verdaderas), que por su resistencia a la sociedad moderna lo hace un bastión agrario, una figura “mucho más cercana” al origen patrio, a las “raíces”, por ende, responde a los valores y tradiciones más primigenios, más “propios”. Un camino a la “verdad” de nuestro continente. Resulta evidente, entonces, que la mediación de la cultura -concebida en esta dialéctica como una corriente siempre dominada por el pensamiento extranjero- parece alejar al hombre de los estándares primitivos de fuerza, de libertad, e incluso de virilidad o heroísmo salvajes. Conceptos a los que el hombre de la ciudad suele acceder, tradicional -y demagógicamente-, a través de su desempeño en la guerra<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> A partir de este estereotipo de hombre fuerte y hábil en lo manual, es posible construir toda una crítica a la intelectualidad de la época, o también al extranjero que desconoce las tradiciones. Se me ocurre, aquí, la escena de “El matadero” de Echeverría, en la que un personaje al que señalan como “gringo”, es arrojado al lodo por un toro fiero y desatado, al que persigue y detiene un llanero recio apodado “Matasiete”. O también las palabras de Palmarote, en el relato de Mendoza, cuando alude a la incapacidad de los letrados para montar o usar el lazo correctamente, ambos símbolos de la hombría rural de la época.

Pareciera que su cercanía con la barbarie, con el buen salvaje rousseauiano, pusiera al llanero más en contacto con el caos en el cual se gestaron las naciones latinoamericanas, al aproximarlo a la “naturaleza hostil y primitiva” del hombre en sus orígenes<sup>10</sup>. De allí, quizás, que el salvaje se proponga como el personaje idóneo para comprender -y dominar- nuestra propia naturaleza primitiva: él ha sido moldeado por su contacto constante con ella. Así lo establece Sarmiento en el *Facundo*:

Para preparar vías de comunicación, basta sólo el esfuerzo del individuo y los resultados de la naturaleza bruta; si el arte quisiera prestarle su auxilio, si las fuerzas de la sociedad intentaran suplir la debilidad del individuo, las dimensiones colosales de la obra arredrarían a los más emprendedores, y la incapacidad del esfuerzo lo haría inoportuno. Así, en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz [...] Es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan [...] es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin el auxilio de nadie... (1985: 26-33).

Este hombre salvaje de los llanos es, en resumen, el protagonista idóneo para la representación de un continente árido cultural y topográficamente. Un personaje que reúne, como ya hemos dicho, las características topográficas y culturales de nuestro continente, junto a las características heroicas de nuestros pueblos que tan frecuentemente aparecen en nuestras autorepresentaciones épicas. El llanero es un personaje signado por esta dualidad.

---

<sup>10</sup> Sin embargo, esta idea de la *naturaleza salvaje* dotada de un carácter mágico y terrible, no deja de ser una construcción cultural heredada de los tiempos coloniales, y que se asemeja mucho a la visión del conquistador español al toparse con la “Tierra de Gracia”. Esto, y que su vinculación con la necesaria gestación de hombres recios y fuertes, además, es parte de la tesis de Vallenilla Lanz sobre el “gendarme necesario”.

## ESTANDARTE DEL NACIONALISMO

En la literatura de los Estados Unidos, el cowboy es un personaje bastante lateral y subalterno; y desde luego un americano del norte puede sentirse identificado con el Middle West (...) en cambio los argentinos -aunque desde luego queremos que esto ocurra- sentimos cierta identidad con el gaucho. "La poesía y el arrabal". J. L. Borges

Sin embargo, a través de su frecuente oposición a la figura del extranjero -y a los potenciales símbolos de su influencia, como lo eran la ciudad letrada, o los intelectuales eurófilos de la época-, el llanero latinoamericano constituye un apropiado estandarte del nacionalismo, cuya máxima expresión la constituyó el caudillismo imperante en la política del continente. La admiración y el horror se confunden en la figura del llanero, en un juego doble de asociaciones que hacen de él un personaje importantísimo para acceder al pensamiento latinoamericano hoy en día; no en balde ha perdurado tanto en nuestras ficciones nacionales. Algo similar observa Jean Franco en Sarmiento y en su visión particular del gaucho:

El rastreador, el baquiano, el gaucho malo, el cantor despiertan un entusiasmo mal disimulado en el escritor que se maravilla de la poesía natural y de las habilidades naturales que han surgido en el corazón de los llanos [...] Nacido en la provincia de la Rioja, Facundo es la negación de todas las virtudes que su coterráneo Sarmiento parece representar. Rechaza la educación, se convierte en un brutal forajido que combate en la "montonera" (2002: 67).

Resulta curioso que en ambos casos -forajido y soldado patriota- el llanero recuerde, a través de su aura indómita y su brutal modo de vida, el afán independentista latinoamericano, haciendo comulgar en la misma figura del hombre salvaje, las características imaginales necesarias para resistir las condiciones ambientales adversas y para la lucha contra la dominación extranjera.

En la figura del gaucho y del llanero convivían el miedo a la barbarie y la fascinación por la libertad, catalizados por la necesidad de una bisagra cultural, una imagen de imbricación entre ideas

pertencientes, tal vez, a imaginarios y representaciones de lo patrio y lo nacional que de otra manera no habría sido sencillo articular.

En ese sentido, la figura del llanero se haría a la vez portavoz y objeto de las denuncias que hacían escritores como Manuel González Prada, cuando afirmaban que “la independencia nos abrumba, como una montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan a revolotear y piar alrededor de la jaula” (1985: 106). De ser eso cierto, el llanero es un intento de reivindicación del deseo de libertad y de independencia: una propaganda ficcional que exalta la bravura de nuestros pueblos, que despierta “los violentos sueños de justicia de las clases populares” (Dabove, 2005-2006: 260-261); pero que, a la par, resulta un blanco fácil para las denuncias de barbarie y de atraso por parte de los intelectuales más progresistas de la época.

El gaucho y el llanero son, así, modos de representar nuestros orígenes; maneras ficcionales e ideológicas de pensarnos a nosotros mismos. Su valor político y literario profundo, en este sentido, radica más en su potencial icónico -bien como un emblema ficcional de la resistencia al influjo extranjero o como objeto de la crítica progresista- que en su valor histórico real.

Por eso la literatura de la época construyó en torno a este hombre fuerte un “lugar adecuado para la mediación necesaria entre la civilización y la barbarie, la modernidad y la tradición, la escritura y la oralidad” (Ramos, 1989: 27). Un símbolo que reconciliaba dos maneras opuestas de pensar nuestro propio continente, en un mismo imaginario de lo local y de lo patrio. Abriéndole un espacio al llanero y al gaucho en la literatura y el pensamiento latinoamericano, los intelectuales construyeron un puente simbólico, una bisagra que amalgamara sus discrepancias en torno al imaginario nacionalista más o menos homogéneo, y permitiera el tránsito simbólico de un extremo a otro del espectro.

Cabría preguntarse, hoy en día, sobre la supervivencia de esta figura en nuestro imaginario, sobre todo en la manera en que representamos nuestro pasado, es decir, ¿a qué tensiones continúa respondiendo este puente simbólico en nuestra cultura?

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberti, J. B. (2000). Predicar en desiertos. En Moreiro, J. (Ed.). *Costumbristas de hispanoamérica. Cuadros, leyendas y tradiciones* (pp. 62-65). Madrid: EDAF.
- Bello, A. (1981). Modos de escribir la historia En *Obras completas*. Vol. I (pp. 32-40). Caracas: La Casa de Bello.
- Blanco, E. (1978) [1881]. Las queseras. En *Venezuela heroica* (pp. 278-303). Madrid: Castellana.
- Blanco, E. (1997) [1882]. *Zárate*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana.
- Borges, J. L. (2005) [1963]. *La poesía y el arrabal*. Conferencia pronunciada en el auditorio de la Universidad de Antioquia, Colombia. [Documento en línea]. Consultado el 18 de febrero de 2008 en <http://www.letraslibres.com/index.php?art=10746>.
- Dabove, J. P. (2005-2006). El bandido y su legado maldito en la fundación de la nación estado: *Zárate* de Eduardo Blanco. *Revista Estudios*. Vol. 13-14 n° 26-27, 259-290.
- Echeverría, E. (1991). El matadero. En *Obras escogidas* (pp. 42-50). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Franco, J. (2002) *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Ariel.
- González Prada, M. (1985). Propaganda y ataque. En *Páginas libres. Horas de lucha* (pp. 60-68). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Hernández, J. (1977). El gaucho Martín Fierro. En *Poesía gauchesca*. (pp. 191-247). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Mendoza, D. (1993). Un llanero en la capital. En *Obra completa* (pp. 65-115). San Juan de los Morros: Fundación para la Cultura Guariqueña.
- Ramos, J. (1989). Saber del otro: escritura y oralidad en el Facundo de D. F. Sarmiento. En *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (pp. 19-34). México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruiz Aldea, P. (2000). El angelito. En Moreiro, J. (Ed.). *Costumbristas de hispanoamérica. Cuadros, leyendas y tradiciones* (pp. 23-35). Madrid: EDAF.
- Sarlo, B. (1991). Prólogo. En Echeverría, E. *Obras escogidas* (pp. 3-19). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sarmiento, D. F. (1985). *Facundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

